

Gambescia, Carlo

Liberalismo triste: un recorrido de Burke a Berlin

MADRID, EDICIONES ENCUENTRO, 2015

Friedrich Hayek, uno de los liberales *ridens* a los que el profesor Gambescia se refiere en su libro, nos alertó en el último libro que escribió, *La fatal arrogancia*, sobre la corrupción del concepto “social”. Este concepto de tanto ser usado no viene a significar nada y al mismo tiempo puede ser usado en cualquier contexto. Algo semejante le ocurre a conceptos con buena reputación como democracia, nación o en el caso que nos ocupa al de liberalismo, que son usados incluso en contextos muy alejados de su significado original e incluso para designar realidades antagónicas a las que en un principio parecían querer definir. El concepto de liberalismo, de origen hispano pero rápidamente extendido a todas las lenguas europeas, desde sus inicios disfrutó de un gran éxito en el ámbito de la literatura política. De designar a los partidarios de la instauración de la Constitución española de 1812 pasó a definir primero a los partidarios de un gobierno constitucional con división de poderes encargado de respetar una serie de derechos, a ser identificado bien con programas políticos próximos al socialismo con programas de capitalismo extremo. En Norteamérica, por ejemplo liberal es identificado con un socialismo moderado, próximo al marxismo mientras que en Francia expresa en cambio un partidario de la desregulación económica y de la reducción del tamaño económico. En España hasta se podía ser socialista a fuer de liberal, como Don Indalecio Prieto y liberal puede ser considerada desde una profesión hasta una determinada actitud hacia el sexo. Esto es, el liberalismo de tanto ser usado pasó a no significar nada, de tal forma que el concepto debe ser siempre acompañado de otro sustantivo que lo califique.

El trabajo de hacer una taxonomía del liberalismo es pues casi imposible. De hecho hay casi tantas clasificaciones como autores. Sin salir del ámbito italiano por ejemplo disponemos, aparte de la obra aquí reseñada, de otros dos trabajos de referencia al respecto, la *Historia del liberalismo europeo* de Guido de Ruggiero y la más reciente de Raimondo Cubbedu, *Atlas del liberalismo*. La primera nos da una visión desde la izquierda del liberalismo, entendido como una doctrina cuya misión histórica es la de garantizar una amplia serie de derechos, muchos de ellos positivos, a los ciudadanos de un determinado estado. El liberalismo se identifica aquí como el ideario de un estado social e intervencionista en aras de alcanzar un ideal fraternal de libertad, en el que todos tendrían garantizados unos medios materiales mínimos para poder hacer uso de la libertad. Nada más distinto de la obra de Cubbedu, para quien el liberalismo hoy día es la doctrina que se opone al poder estatal, de tal forma que la

distinción liberal-no liberal pasaría por la contraposición entre partidarios del estado y contrarios al mismo. Si salimos del ámbito italiano la confusión es aún mayor si cabe. Liberal se reclama tanto Mises como Rawls, tanto Isaiah Berlin como Hayek, y no digamos si la definición se aplica en perspectiva histórica, pues entre los antepasados de la idea podemos encontrar desde Hobbes a Rousseau, pasando por Smith, Burke o Constant según la tendencia del historiador. De hecho es muy fácil confundir un tratado de historia del liberalismo con un manual de historia de las ideas políticas, pues prácticamente todos los principales teóricos de la política podrían ser etiquetados de una forma o otra en tal categoría. Justo es decir sin embargo, que la confusión de conceptos se circunscribe sobre todo al ámbito de la política, o de lo político como diría Julien Freund uno de los liberales aquí estudiados. En el ámbito de la economía la distinción no es mucho más clara, pues liberales son los partidarios de un libre mercado sin restricciones, como Von Mises en su *Liberalismo* y liberales son los partidarios de controles y regulaciones como Keynes, quien sin embargo también reclama ser contado en el número de los liberales. Bien es cierto que algunas lenguas como la italiana distinguen como liberistas a los liberales estrictamente económicos e identifican como liberales en general al resto. El concepto de liberalismo tampoco nos ilustra mucho en este caso.

Este libro es tan bueno o más que cualquiera de los anteriores si bien incurre en las mismas faltas que los anteriores, esto es pretender clasificar lo que es ya inclasificable. Su originalidad radica en lo novedoso de sus criterios de ordenación, que combina dos grandes tipos. El primero el que distingue entre liberales árcuicos y anárquicos, esto es entre aquellos que valoran el uso de la política para atender los problemas derivados de la organización social y los que no. Gambescia cita con aprobación al respecto *Las reflexiones sobre la revolución francesa* de Burke, a quien incluye también en el número de los liberales, cuando este afirma que “*La sociedad no sólo requiere que se sujeten las pasiones de los individuos, sino someter en su conjunto, como si se tratara de particulares, las inclinaciones colectivas, controlar su voluntad y frenar sus pasiones. Esto no se puede realizar sino mediante un poder superior a ella misma, el cual, en el ejercicio de sus funciones, no está sujeto a la voluntad y a las pasiones que tiene misión de refrenar y subyugar. En este sentido, las limitaciones impuestas al hombre, lo mismo que sus libertades, tienen que considerarse sus derechos.*” Que distinto este Burke del liberal anárquico de su juventud, el de la *Vindicación de la sociedad natural*, al que Gambescia no hace en cambio referencia, como si este no evolucionase, eso sí según parece siempre dentro del liberalismo. Creo que no nos desviaríamos mucho de las ideas del autor, si identificamos por nuestra cuenta ambas posturas con aquellos que justifican el uso del poder político para justificar a aquellos liberales que defienden el uso del poder

político para garantizar los derechos de ciudadanía y aquellos que, en cambio, quieren restringir el poder estatal al considerarlo una amenaza a las libertades. Esta división, que explica que en el mundo anglosajón los liberales sean identificados con izquierdistas o con socialistas no marxistas, se debe en inicio, a John Stuart Mill y a sus sucesores victorianos como Green o Hobhouse y que desembocarían con el tiempo en el keynesianismo, también etiquetado habitualmente como liberal. La confusión deriva de la diferente definición de libertades entre libertades negativas, de no interferencia que sería las suscritas por los anárquicos, y positivas, de garantía estatal de derechos, que serían las definidas por los árcuicos hasta el día de hoy, como bien explica otro ilustre liberal árcuico como fue Isaiah Berlin. La extensión y garantía de libertades positivas, como el derecho al trabajo, a la vivienda, a la educación o a la procura existencial, concepto acuñado por Ernst Fortshoff es lo que explica la identificación de estos liberales con la defensa de la libertad sin incurrir en contradicción.

Pero la distinción a mi entender más original y potencialmente fértil que se da en el libro, la que se usa para titular el libro, es la que diferencia entre liberalismo triste y liberalismo riante, o *ridens*, como prefiere usar el autor. El liberalismo riante es optimista a respecto al papel que pueden jugar de los mercados, confía en la capacidad de progreso humano y en la ilustración. Imagina un mundo en el que las triunfantes ideas liberales nos conducen a una sociedad bien equilibrada y la cual los conflictos se minimizarían y la historia tal como la entendemos finalizaría, por lo menos en la visión expresada por uno de sus más conspicuos representantes, Francis Fukuyama.

El liberalismo triste es otra cosa. Son liberales, sí, pero pesimistas a respecto del futuro de la libertad y del género humano. Gambescia rescata aquí toda una pleyade de autores, hoy casi olvidados, como los viejos elitistas Giovanni Mosca, Wifredo Pareto y Robert Michels, o el inclasificable Julien Freund, al cual dedicó por cierto mucha atención el traductor del libro Jerónimo Molina. Pueden ser todos ellos enmarcados en una amplia tradición, casi tan amplia como la del liberalismo, definida como realista en el libro. Su visión de la política es pesimista. Siempre existirá una clase de dominantes y una de dominados y el progreso no es más que una ilusión ilustrada. Pueden contarse en el número de los liberales sin duda ninguna, dado que desconfían del poder, aún viéndolo necesario y no dudan en resaltar que este fundamenta su dominio en la fuerza y la extorsión, buscando sofisticadas fórmulas políticas para alcanzar un alto grado de legitimación social. Es un liberalismo que a veces tiene que traicionar sus principios en aras de la realidad. Es un liberalismo en el que el enemigo, en el sentido que le da Carl Schmitt, cuya sombra es perfectamente perceptible en todo el texto, ya sea directamente ya a través de sus epígonos, impregnándolo de tris-

teza y melancolía. Es este un libro pesimista sin duda, desde el título, pasando por los autores que estudia y por el enfoque que les da.

La categorización de Gambescia es seguro que pasará a las historia de las doctrinas políticas pues nos ofrece una nueva perspectiva para abordar la compleja literatura del liberalismo. Esta es también una labor triste por inabarcable, y eso que el autor no profundiza en la también inacabable y confusa clasificación del neoliberalismo, como un trabajo reciente de Philip Mirowski intenta. Pero esta es una tarea más propia de Sísifo que la de un académico moderno. Demos gracias que aún queden teóricos con la fuerza de voluntad de Carlo Gambescia para abordar tareas tan complejas y desesperantes como la de pensar políticamente lo político, a pesar de ser esta la más triste de todas ellas.

Miguel Anxo Bastos Boubeta

miguelanxo.bastos@usc.es

Universidade de Santiago de Compostela

España